

BECKA BLACK

EL SEPTIMO
PUENTE



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: El Séptimo puente.

©Becka Black, 2018.

Diseño de portada: Adyma Desing.

Maquetación: Adyma Desing.

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid con el número de registro 49/552582.9/18.

Esta novela fue autopublicada en Amazon en enero de 2019.

*A tod@s l@s que leísteis “La Cripta del ángel”
y me obligasteis a escribir una continuación
que no estaba prevista. A veces los lectores pesados
hacéis grandes cosas. Sois maravillos@s, gracias.*



El hombre o el monstruo

Ve y diles que están acabados.

El sueño es para los débiles.

Sleep for the weak (Lost Frecuencias)

Will

No puedes escapar de lo que has visto.

Me domina la espantosa sensación de que con solo cerrar los ojos y concentrarme, podría resucitar lo que viví en La Cripta. Que las sombras laten y se levantan del suelo exigiendo venganza. Mi venganza. Y que desde ese día puedo oler la maldad.

La tengo cerca, gruñe y jadea, me provoca. Yo enseño los dientes y permito que me guíe. Son las doce y veinte de la noche sobre los callejones de Brooklyn, no hay un alma en los alrededores, solo los chorros de humo que saltan

desde las alcantarillas, algún que otro grupo de turistas borrachos vagando sin rumbo y las sirenas de los coches de policía patrullando la ciudad.

Esa policía que jamás está cuando se la necesita. El aire que se mueve a mi alrededor parece hielo. Hundo las manos en los bolsillos del gabán y me arrebujó sin dejar de caminar. Mis pies van por libre siguiendo la pista de mi olfato, porque husmeo el aire como un lobo que acorrala a su presa.

¿En quién demonios me he convertido? ¿En quién, después de aquello?

No he vuelto a Boston, cada mañana acudo al departamento de policía de Manhattan y finjo que nada ocurre. Me comunico menos de lo habitual y eso ya era lo mínimo. Algunos me miran como a un bicho raro, me importa un bledo, lo soy desde los tiempos góticos del instituto. Solo ella me aceptó tal y como era, con mi oscuridad, con mi pack de excentricidades...

Me seco las lágrimas con un revés violento. Debo dejar de pensar en Stella porque no va a volver.

Siguiendo una costumbre enfermiza, al dar las doce suelo salir de casa. Doy una vuelta, o dos, o tres, buscando algo a lo que no sé poner nombre. A veces lo encuentro, a veces no. Esta noche será sí. Porque además de oler la escena, acaba de presentarse ante mis ojos.

Un callejón mugriento sin salida. Oscuro, atestado de cubos de basura. Ella tirada en el suelo con la ropa hecha jirones. Él acaba de darle una bofetada y le sangra el labio, pero sigue defendiéndose. O al menos lo intenta. No tiene ninguna oportunidad. Oigo gruñidos de animal, palabrotas que excitan al atacante y veo su polla erecta meterse entre las piernas de la chica. Pese a la mano abierta que le tapa la boca, ella grita.

Entonces, de dos zancadas irrumpo como una bestia hambrienta. Mis garras se lanzan contra su espalda, lo atrapo por la chaqueta y de un tirón brutal lo separo de su víc-

tima. El muy desgraciado apenas se da cuenta de lo que está pasando, tiene los ojos vidriosos y el rostro congestionado, cegado por la lujuria. No reacciona cuando de un puñetazo lo tumbo. Giro hacia la chica que me mira horrorizada, con la boca seca de chillar y los ojos desorbitados. Le tiendo una mano enguantada pero en lugar de aceptarla, intenta tapar su desnudez y jadea. Sin retirar mi ofrecimiento, estoy mirando cómo su pecho sube y baja, cuando el malnacido que la estaba violando vuelve a la vida y por detrás, me ataca. Ella me advierte pero no hace falta, ya lo ha hecho la oleada de maldad salvaje que emana de su cuerpo, el insoportable hedor que me alcanza y me marea. Volteo sobre mis talones y antes de que reaccione, estiro y cierro los dedos en torno a su cuello aplastándole la nuez con el talón de mi mano enorme. Aprieto. Aprieto más. El tipo se sacude, forcejea, trata de liberarse pero el hierro de mi cepo es invencible. A través de los guantes, noto latir su pulso contra mi piel. Acelerado. Ralentizándose. Tengo sus dedos sobre los míos tratando de separarlos pero no puede. No puede huir, igual que ella tampoco podía hace solo unos minutos. Lo miro sin compasión alguna. Sus ojos agonizan.

—Ojo por ojo, hijo de puta —silabeo con asco.

Solo cuando deja de respirar, aflojo el garfio y el fulano cae contra los adoquines como un fardo inerte. Ni lo miro siquiera, toda mi atención la concentro en la chica que se ahoga con su propio llanto y clava en mí unas pupilas dilatadas por el pánico. Seguramente no sabe qué esperar de alguien que acaba de asesinar a sangre fría. Vuelvo a extender una mano. Para mi sorpresa, esta vez la acepta y trabajosamente logra ponerse en pie.

—¿Estás herida? —pregunto. Niega con la cabeza— Ve al médico a que te echen un vistazo. No está de más.

—¿Lo has...?

No termina la frase. Puedo entender cómo se siente.

—Se ha hecho justicia. Pero por tu bien, olvida lo que has visto.

—¿Quién eres?

Sonríó con amargura. Daría lo que no tengo por saber responder a esa pregunta.

—Ningún superhéroe de cómic, te lo aseguro. Solo un hombre al que la maldad le ha arrebatado todo.

Poso un segundo la mano en su cabeza, la acaricio como si se tratase de una niña, doy media vuelta y desaparezco. Lo he hecho de nuevo. Soy consciente de que solo hay una salida. No más contacto humano, no más calle. No más vivir.



Todo regresa

Recuerdo el amanecer, corriendo de patio en patio.

Sin miedo de alejarnos, fuera hasta muy tarde.

Safe (Daya)

Nina

Los ojos de Stefan se me clavan hasta que duelen. Lo hace a propósito, sabe el daño que provoca, que así me tiene en sus manos, es una mirada que paraliza.

—¿Estarás a la altura de las circunstancias? —pregunta.

—No... lo sé —balbuceo. Y hundo las pupilas en la alfombra, incapaz de mantener esta batalla y salir indemne.

Stefan me toma de la barbilla, me obliga a levantar la cara.

—Acepta tu verdadera naturaleza, Nina, acepta lo que eres y en lugar de deprimirte, siéntete orgullosa. Nuestro

será el futuro.

Debe leer en mí algo que no le gusta, porque alza una mano abierta y sin motivo, me abofetea. El golpe alcanza el lateral de mi rostro, la zona del oído que emite un pitido y me deja sorda, aturdida. Duele. Me llevo la mano a la mejilla incendiada y él descarga otra bofetada en la piel al descubierto.

—No se permiten débiles.

—Stefan, yo no quiero... No comprendo lo que me dices, no...

Sus manos son como garfios de hierro cuando sacuden mis hombros. A pocos metros, los troncos arden en la chimenea y tengo tanto miedo que me arrojaría dentro con tal de desaparecer.

—Sacaré de ti lo que se supone que eres, aunque tenga que molerte a palos.

—¡Stefan, no! ¡Por favor... no!

Un puñetazo en el estómago me dobla por la mitad. Caigo de rodillas ante él. Espera que me recupere para lanzar una patada directa al costado que me corta la respiración y me tira al suelo.

—No diré nada, te lo juro, deja que me vaya.

—Eso, mi querida Nina, no es en absoluto negociable.

Desperté empapada en sudor, sentada de un salto sobre el colchón. Aterrorizada, con el corazón en loca carrera a la destrucción. Los ojos llenos de lágrimas, temblando.

—Nena ¿estás bien?

La voz ronca y sensual de Martin me devolvió a medias a la realidad. Pero no lo bastante como para poder hablar. Tragué saliva en una garganta demasiado reseca.

—Otra vez las pesadillas.

—Sí —confirmé—. Los monstruos regresan.

Me abrazó sin pedir más. Contra su pecho me refugié, entre sus brazos poderosos perdí parte de mis miedos. Martin lo era todo para mí. Absolutamente todo. Nuestra cama mi hogar. El despertador sobre la mesilla derecha saltó con su melodía, la que entre los dos habíamos elegido para abrir los ojos: *Faded* de Alan Walker. Martin hizo ademán de interrumpirla.

—No, deja que suene. Es maravillosa. Así me siento a veces, perdida. —Me retorció un bucle oscuro que caía sobre el hombro—. Completamente perdida en mi propio pasado.

—¿Puedo preguntar quién te ha visitado hoy?

—Stefan.

Lo oí suspirar profundo. Maldecir entre dientes.

—Te hizo mucho daño. —Y no estaba preguntando, Martin afirmaba.

—En su empeño por reclutarme, sí, intentó destruirme.

Con la punta de los dedos me secó los ojos. Con delicadeza y ternura, retiró de mi cara los mechones de pelo mojado.

—Nena, no tienes que contármelo si no quieres.

Lo sabía. Martin me había interrogado mil veces y yo siempre me había negado a dar explicaciones acerca de aquellos aspectos de mi pasado. En realidad, todo lo ocurrido antes de encontrármelo era un borrón difuso que él aceptaba sin protestar. Se merecía saber algo, la Fe no es infinita, como tampoco el amor. No podía permitir que lo nuestro se rompiera.

—Stefan fue el primero que me habló de la resurrección de Lucifer. —Volví a dejarme caer, acurrucada contra el cálido cuerpo de Martin, sintiendo sus fuertes piernas enredadas en las mías—. Te juro que creí que estaba loco o que me tomaba el pelo, pero no. al igual que el matrimonio Trumann, era un fanático seguidor de esa secta dirigida a sacrificar personas en nombre de Satán. Se refería a ellos como su familia y me explicó que era el elegido.

—El elegido ¿para qué?

—Para materializar la reencarnación de la Mano Maestra. Lucifer.

—Suena ridículo.

—Tú sabes tan bien como yo que es real, ellos esperan su Mesías oscuro y no se detendrán ante nada. Me asusté, Martin. Su presión era enfermiza. Lo sabía todo acerca de mi pasado, mis años en el orfanato, el incendio que asoló mi casa y mató a mi familia. No tuve que aclararle nada, igual que yo, dio por hecho que fui la causante de tanto horror.

—Fue Anna, mi vida, tú no tuviste ninguna culpa. —Me besó la sien con dulzura.

—¿Quién lo sabía en ese momento? Stefan solo ahondó en la herida que ya existía, la que sangraba a diario. Lo creí porque tenía sentido. O porque era más fácil aceptar la maldad que latía en mí, mi odio contra el mundo. Solo quería a Laurie, solo ella me trató con cariño... hasta que te conocí a ti.

El nudo de nuestro abrazo se hizo más apretado.

—Entonces quise dejar a Stefan, cortar nuestra relación. Y me pegó una paliza.

—¡Dios mío! Y ese maldito hijo de puta era mi hermano, mi hermano mayor.

—No fue la única, Martin, solo la primera. Sus lecciones venían siempre en forma de golpes violentos.

Sentí cómo se tragaba la ira. A trompicones, como piedras sólidas bajando por su garganta.

—¿Crees que se suicidó por amor? —preguntó pasado un rato— ¿Porque tú y yo estábamos sintiendo algo el uno por el otro, como aseguraba Stella?

—Puede que se suicidara por honor. Porque llegado un momento debía quitarse la vida para que su amo regresara y ocupase su cuerpo. Stefan no me amaba, me poseía.

Los dos nos quedamos callados. Más cerca, sintiendo el roce de la piel del otro, el calor que desprendíamos. Yo

recuperando el pulso de la vida fuera de La Cripta. Cada día era una nueva prueba de resistencia. Difícil, enrevesada, pero merecía la pena ser fuerte un poco más y aprender a vivir. Nadie dijo que fuera a ser fácil.

—Estas pesadillas me matan lentamente —susurré contra su pecho. Los dedos de Martin se perdieron por entre mi pelo.

—Conozco un buen psiquiatra, uno de los mejores de Manhattan, trató a mi madre de su depresión. ¿Harías el favor de visitarlo?

—No creo en matasanos de ninguna clase —sentencié alejándome. Martin me lo impidió apretándome más contra su cuerpo.

—¿Ni siquiera por mí? Un intento, no significa que funcione. Por favor, Nina, te lo ruego. Tenemos que luchar por conquistar la normalidad.

Normalidad, qué espantosa palabra, casi me provocaba náuseas.

—No sé si está en mi mano...

—Te estás dando por vencida antes de intentarlo y eso no es propio de la Nina que yo conozco. La chica que amo con toda mi alma, no se deja pisar, se retuerce, aúlla y esgrime la espada con fiereza.

Dejé ir una suave carcajada. Martin tenía esa forma un poco cómica a veces, de exponer las cosas...

—Nina, reina de las amazonas.

—Algo así. Por favor, cariño, visítalo. No tienes nada que perder.

Giré sobre mi eje para mirarlo. Sus ojos cobalto eran una tentación brillando en la semioscuridad.

—Que quede claro, si lo hago lo hago por ti.

—De acuerdo.

—Y me deberás una. —Me mordí el labio con lascivia. Y con la punta del dedo recorrí la hendidura entre sus pectorales. Noté cómo se estremecía.

—Te deberé todas las que quieras. Me encanta deber-te cosas, tener muchas deudas pendientes con mi chica e ir las pagando... poco a poco.

Me cubrió con su peso. Su mano derecha atrapó mis muñecas y vi mis brazos estirarse más allá de mi cabeza. Me sentí prisionera del deseo, de su erección crecida contra mi vientre. Abrí las piernas ansiosa por tenerlo dentro. No había ropa que apartar, dormíamos desnudos, fusionado uno contra la piel del otro y el más simple roce nos encendía. Follar con Martin no se parecía a nada que yo hubiese experimentado antes, era más. Otro horizonte, una dimensión desconocida. La redención con mayúsculas. Nina Gautier, reina de todas las perversiones, de los juegos y la lujuria, pero no del amor. No de las caricias, no de los besos que vuelcan el alma a través del aliento. No de lo que él me daba.

La abrumadora necesidad de sentirlo me hizo jadear. El cruce de nuestras pupilas marcó un momento inigualable porque quedaron enganchadas, hablándose, como siempre. Nuestros ojos pronunciaban con naturalidad las frases que a mí se me resistían, no estoy hecha para romanticismos, lo que no implica que no los sienta. Soy sensiblera y estúpida por dentro, lo admito, pero prefiero no perder el aura de tipa dura que me caracteriza, no sé comportarme de otra manera. Alcé las caderas para facilitar la penetración. Dentro, dentro, hasta el fondo, cuanto antes. Llenándome, grueso y apetecible. Ronroneé cerca de su oreja.

—¿Te he dicho ya que tienes el mejor empuje de Manhattan?

—¿Solo de Manhattan? —Embistió con fuerza y sentí su miembro adentrarse en mis entrañas como una biela engrasada. Un largo y agónico gemido de placer escapó de mi garganta.

—Oh, joder... sí...

Mantuve alto el pubis, forzando un roce delicioso directo contra mi clítoris mojado. Lento y profundo, acompasa-

do con nuestra respiración. Podía notar su tacto hasta en los pliegues más íntimos.

—Hazme tuya, amor, poséeme hasta que no te quede vida.

Martin aceleró el ritmo de acometida y se convirtió en dueño del momento. Luché por mantener el paso, pero sus dedos trenzados sobre los míos significaban tanto, sus pulgares dibujando pequeños círculos sobre mis muñecas expuestas, sus labios pegados a mi boca murmurando mi nombre, sumaban mucho al acto sexual, lo arrancaban de lo físico y lo catapultaban a las alturas, a zonas del firmamento emocional que yo nunca antes había visitado. Él lograba que mi raciocinio se diluyera en la nada. Literalmente, entregarme a Martin se comía mi miedo.

Lo devoraba. Como una hoguera el papel.

Pero luego volvía.

Nos corrimos dos veces. La primera con él dentro de mi vagina, a ritmo salvaje y poderoso, la segunda yo sobre Martin, con mi sexo contra su boca y su grueso miembro dentro de la mía. Siempre, cada vez con él, era perfecto. Dos cuerpos que habían tardado en reencontrarse pero que sin duda se pertenecían. ¿Cómo confesarle la tormenta que escondía dentro? Y guardar silencio... ¿acaso era buena idea?

Después del arrebató carnal, cuando los suspiros y los jadeos se apaciguaron, nos quedamos quietos, abrazados en silencio, yo tumbada sobre mi costado izquierdo, encajada en el hueco que formaba su portentoso cuerpo. El índice de Martin recorrió mi piel tatuada con la punta. Sentí un absurdo escalofrío.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué cubriste tu piel con todos estos dibujos?

Tardé un tiempo insoportable en ser capaz de responder.

—Por diversión —fruncí los labios—. Soy una chica mala ¿recuerdas?

Sus dedos enredaron los mechones de mi melena, tiraron hacia atrás y me obligaron a levantar la cara. Su lengua recorrió mi mandíbula.

—Por eso me gustas, por tu irresistible depravación.

—Más te vale.

De fondo sonaba *StarBoy* de The Weekend, envolviéndonos con su erótica melodía. Al perdernos entre las sábanas, todo se tornaba magia, carne y excelencia. La intensidad de los orgasmos nos hacía perder la razón. Martin era mío y yo le pertenecía por encima de todas las cosas. Pero ¿me pertenecía a mí misma? ¿Quién era el dueño de mi alma?

No pude conciliar el sueño. A mi lado descansaba un cuerpo de demencial perfección, de músculos cincelados y tentadores, sus largas pestañas arrojando sombras sobre sus pómulos, su boca deseable, aquel aliento calmado. Y además me amaba. Y yo a él. Estaría loca si pensara abandonarlo, pero nada pesa tanto como un pasado oscuro y el mío lo era. Mucho. Demasiado como para confesarlo.

Dejé la cama y me cobijé en el salón, desnuda por completo con un pitillo entre los labios. Miré a través de las cristaleras cómo el invierno se cebaba contra la isla, la niebla difusa que desdibujaba el perfil de los rascacielos. Allí dentro parecía reinar una burbuja de paz y engañosa seguridad. Tan de mentira como mi respuesta.

No me tatué el lado derecho del cuerpo por diversión. Nada de eso.